

LOS CANALES TRANSMISORES DE LOS VALORES BENEDICTINOS EN LA AMÉRICA LATINA

Siendo el tema general del TEMPLA la relectura de la Regla Benedictina (RB) en el contexto de América Latina (AL), la cimbra escogió, para el día que le estaba reservado, el tema especial: “Los Canales Transmisores de los Valores Benedictinos en la AL”. El enunciado del tema ya nos sugiere la secuencia de su presentación:

1. examinar los principales valores monásticos contenidos en la RB.
2. relacionar estos valores con las características especiales de los hombres de América Latina.
3. procurar descubrir los canales aptos para transmitir los valores monásticos de la RB a los hombres latino-americanos.

Mi tarea consistirá en presentar algunos valores benedictinos y confrontarlos con la situación de AL. La búsqueda de los canales aptos para la transmisión de aquellos valores a los hombres latino-americanos será realizada en los diversos grupos, durante el día, a través del cambio de ideas y experiencias. Para encaminar esta búsqueda en grupos, presentaré al final de cada parte de esta exposición algunas preguntas, como simples sugerencias. Mi objetivo, por lo tanto, no consiste en presentar soluciones, sino antes bien en dar algunos elementos de reflexión para que las mismas sean buscadas y, si es posible, encontradas.

En la presentación de los valores monásticos según la RB tuve que escoger un orden, sin pretender agotarlos ni jerarquizarlos entre sí. Como la vida monástica es una realización particular de la vida cristiana, presentaré los valores benedictinos relacionados con las cuatro realidades esenciales del cristianismo: Dios, Jesucristo, Iglesia y Escatología (cf. “*Evangelii nuntiandi*” de Paulo VI, c.3). De modo general soy deudor a D. Adalbert de Vogüé en sus estudios sobre la RB, sobre todo en su relación con la Regla del Maestro (RM).

En cuanto a la realidad de AL, la cuestión es aún más compleja, pues los países latinoamericanos, aunque unidos por estrechos lazos de sangre, lengua, religión y cultura, presentan un pluralismo creciente y marcadas diferencias de nación a nación y aún dentro del mismo país. Sin pretender un diagnóstico exhaustivo, querría presentar algunos problemas comunes a AL, ya descriptos en el Documento Base y en las Conclusiones de Medellín, y que, a través del cristianismo, cuestionan también la vida monástica benedictina: la secularización y la religiosidad popular, la teología de la liberación y las comunidades eclesiales de base.

I- “SI BUSCA VERDADERAMENTE A DIOS” (RB 58,7)

En tres textos, que le son propios, san Benito define, de modo claro y conciso, el sentido último de la vida monástica: Dios. En el comienzo de la Regla, convida al oyente a volverse decididamente hacia Dios, del cual se alejara por el pecado (Prol. 1-2). Al final, entrega la Regla a aquél que se apresura hacia la patria celestial, pues ella, como la Biblia y los escritos de los Padres, tienen por objetivo conducir “por camino recto a nuestro Creador” (73,4. 8). Por eso, el criterio fundamental para juzgar a un candidato a la vida benedictina es “si busca verdaderamente a Dios” (58,7).

Norma de vida, la RB no se limita a indicar la meta de la vida monástica, sino que presenta también algunos medios principales, a través de los cuales se realiza y se expresa esta búsqueda radical de Dios: la oración, la *lectio divina*, el silencio y la clausura.

a) “Darse frecuentemente a la oración” (4,56)

Aunque la vida monástica aspire a ser una realización particular del precepto evangélico “orar siempre” (cf. *Lc* 18,1; *1 Ts* 5,17), ella comporta momentos privilegiados de oración, con el cese de toda otra actividad, para estar únicamente atento a Dios. San Benito, también en un texto que le es propio, afirma un encuentro más intenso del monje con Dios en los momentos especiales de oración:

“Creemos que la presencia divina está en todas partes, ... creamos en eso principalmente y sin duda alguna, cuando estamos presentes al Oficio Divino” (19,1. 2).

La oración del Oficio Divino es muy valorizada por san Benito: no solo retira el código litúrgico de su lugar lógico en la Regla (cf. RM 30-48), para insertarlo inmediatamente después de los capítulos doctrinales y antes de iniciar la organización del monasterio (RB 8-20), sino que también legisla sobre el Oficio Divino con una abundancia de detalles superior a la RM, a la que generalmente resume y simplifica, sobre todo en materia de ceremonias. Por eso la tradición benedictina parece tener razón cuando interpretó de una forma más universal las palabras “nada anteponer al Oficio Divino” (43,3).

Además de las horas del Oficio Divino, la RB incentiva los momentos especiales de oración particular: después de los instrumentos del arte espiritual referentes a la oración “frequenter” y “cotidie”, sugiere a los monjes intensificar, en el sagrado tiempo de la Cuaresma, las “orationes peculiares” (49,4); y, lo que es todavía más elucidativo, porque es agregado a la RM, san Benito determina que nada se haga o se guarde en el oratorio, ajeno a su finalidad, para que cada monje pueda entrar ahí y orar, en cualquier momento del día, sin ser perturbado en su oración (52,14).

En resumen, la oración es uno de los grandes valores que la RB presenta al monje que busca verdaderamente a Dios: oración comunitaria y particular, en horas fijas y en momentos libres, con fórmulas establecidas y espontáneas, interior y manifestándose externamente.

b) “Oír con agrado las lecturas santas”(4,55)

La *lectio divina* es un alimento y una prolongación de la oración. San Benito manifiesta gran aprecio por ella: además de las lecturas leídas en común, durante el oficio y las refecciones, él determina, de modo minucioso, el tiempo que, en el horario cotidiano y conforme a las diversas estaciones, será dedicado a la *lectio*, al lado del trabajo y del oficio (48): las horas escogidas son las mejores del día, las primeras o las últimas de la mañana, la duración de la *lectio*, excepto en el tiempo de la Cuaresma, nunca pasa de dos horas seguidas, dejando otra hora suplementaria para el fin de la tarde. Mas, no basta que haya un tiempo fijado para la *lectio*, es preciso que sea realmente aprovechado. San Benito determina que dos o tres ancianos circulen por el monasterio, para que ninguno disipe ese tiempo precioso entregándose a la ociosidad o a las conversaciones. Y ordena también una corrección regular para quien, castigado una primera y una segunda vez, no se enmendare (48,17-20). Nótese que esta doble costumbre, la inspección de los ancianos y la corrección regular, referente a la *lectio*, fue creada por san Benito, pues en el monasterio del Maestro las lecturas son siempre leídas en común.

En fin, san Benito también determina los textos por leer: además de la palabra de autoridad divina del Antiguo y del Nuevo Testamento, léanse los Padres católicos, conocidos y ortodoxos, y los escritores monásticos (9,8; 42,3; 73, 2-6). En una palabra, lecturas que edifiquen a los monjes, conduciéndolos a las cumbres de la doctrina y de las virtudes.

Con estas prescripciones minuciosas, que manifiestan preocupación para con las disposiciones psicológicas de los monjes, la RB presenta la *lectio divina* como otro gran valor para aquellos que, por camino recto, buscan al Creador.

c) “Callar y oír conviene al discípulo” (6,6)

Si la oración y la *lectio* ponen al monje en contacto directo con Dios, el silencio o la *taciturnitas* crea el clima propicio para este encuentro. Según la RB, el silencio es una actitud fundamental del discípulo que quiere escuchar los preceptos del Maestro. Así, después de los instrumentos de las buenas obras referentes al silencio (4,51-54), la Regla le dedica todo el capítulo 6 y los grados noveno al undécimo de humildad (7,56-61), además de muchas otras prescripciones diseminadas por otros capítulos (38,5; 48,5; 52,2).

La motivación del silencio en la RB es, muchas veces, meramente negativa, lo que no significa sin valor. Cállese para no pecar con la lengua (4,51; 6,1-5; 7,56-57) y para no incomodar a los otros, que escuchan la lectura (38,5) o que duermen (48,5), o que quieren orar en particular (52,2-3). La motivación más profunda del silencio, sin embargo, consiste en la actitud atenta y acogedora del discípulo para escuchar “con el oído del corazón” la Palabra del Maestro (Prol. 1), pues “hablar y enseñar compete al maestro, callar y oír conviene al discípulo” (6,6).

Por todos estos motivos “los monjes deben, en todo tiempo, esforzarse por guardar el silencio” (42-1), principalmente en algunos momentos fuertes, como en las horas nocturnas (42,1), en el tiempo de la Cuaresma (49,7) y en el oratorio (52,2). Esta distinción entre momentos fuertes y débiles de silencio muestra muy bien que la RB no impone habitualmente un silencio riguroso. Es interesante notar la modificación que san Benito hace en el texto de la RM, referente al undécimo grado de humildad: donde éste presentara al monje hablando “pocas y santas palabras” (10,80), Benito corrigió “pocas palabras y razonables” (7,60). En el mismo sentido, la RB sugiere al monje, en el tiempo cuaresmal, ir más allá de la medida habitual, sustrayendo algo de la conversación y de la *scurrilitas* (49,7), lo que supone que la “eterna clausura” con que condenara la *scurrilitas* (6,8), no era tan rigurosa.

Por lo tanto, el silencio es otro valor monástico patrocinado por la RB: además de ahuyentar el pecado inherente al mucho hablar, prepara el corazón del discípulo para acoger con docilidad la palabra del Maestro. Este silencio, sin embargo, es compatible con palabras santas y razonables. Más que la negación de la palabras, es el dominio sobre ella.

d) “La oficina... son los claustros del monasterio” (4,78)

Aunque Dios pueda ser servido en cualquier lugar (61,10), el cuadro externo donde el monje, según la RB, busca a Dios, ejerciendo el arte espiritual, es el recinto del monasterio o la clausura (4,78). Todo el Prólogo de la RB, con la invitación entusiasta para militar bajo Cristo Rey, se encamina decididamente a esta conclusión: “Debemos, pues, constituir una escuela del servicio del Señor” (Prol. 45). Y esta institución comprende también un lugar bien determinado donde el monje debe permanecer por toda la vida: “perseverando en el monasterio... hasta la muerte” (Prol. 45. 50). Por eso, uno de los elementos que caracteriza el género de monjes cenobitas es el de ser *monasteriale*, esto es, del que vive una vida comunitaria en el monasterio (1,2).

Los claustros del monasterio, para la RB, son un lugar privilegiado, donde el monje, que procura “hacerse extraño a las cosas del mundo” (4,20), podrá dedicarse sin impedimento al servicio de Dios. Por eso, no le conviene en modo alguno vagar por fuera (66,7). Si presume salir de los claustros del monasterio, sin orden del abad, sea sometido al castigo regular (66,7). Todas las veces que el monje entra en contacto con el mundo secular, ya saliendo de viaje, ya acogiendo un huésped en el monasterio, hácense oraciones especiales “por causa de los excesos” y “por causa de las ilusiones

diabólicas” (67,1-4; 53,3-5). Consecuentemente, el hermano que vuelve de viaje no presuma narrar a los otros lo que vio, pues es grande el perjuicio (67,5).

En síntesis, con la legislación sobre la clausura, la RB pretende hacer de los claustros del monasterio un lugar propicio donde el monje, sin obstáculos ni disipación, realice su vocación de buscar realmente a Dios. Por lo tanto, la clausura es también un valor monástico benedictino.

SITUACIÓN DE LA AMÉRICA LATINA Y BÚSQUEDA DE DIOS

Si el 90% de la población de AL se dice católica en los censos, la realidad es mucho menos satisfactoria: el conocimiento de la fe generalmente es pobre y afectado por el sincretismo; la participación en los actos de culto varía mucho en los diversos países y entre las diversas clases, de acuerdo con el sexo, la edad y el medio social, pero es grande el número de los que frecuentan prácticas piadosas de tipo colectivo; el comportamiento religioso está lejos del ideal cristiano de amor a Dios y al prójimo, revelando poco compromiso con lo social y cierto fatalismo.

Esta situación religiosa secular de AL sufre actualmente el impacto del proceso de secularización, entendido como el proceso histórico a través del cual el mundo toma conciencia de su consistencia y autonomía, principalmente en el ambiente urbano. La secularización, con la desacralización que le es inherente, constituye un fenómeno bastante ambiguo: si afirma la autonomía del mundo y simultáneamente su apertura hacia lo trascendente o su referencia al Creador, entonces, podrá significar una purificación de la fe en el Dios Vivo: mas si la secularización mantiene al mundo encerrado sobre sí mismo, entonces prefiérese llamarla secularismo, conduce al hombre al indiferentismo religioso y al ateísmo. De hecho, todo esto se observa en AL en escala creciente.

Para la gran mayoría del continente, sin embargo, la forma típica de relacionarse con Dios es la que hoy se llama religiosidad popular. Fenómeno también ambiguo, que al lado de admirables valores religiosos, contiene grandes deformaciones de la religión. Se manifiesta en AL bajo las formas de catolicismo popular, cultos fetichistas de África y pentecostalismo.

Es en vista de esta situación religiosa de la AL que debemos rever los valores monásticos benedictinos referentes a Dios. Algunas preguntas a guisa de sugerencia:

- a) Oración - ¿Cómo crear en el monasterio un clima permanente de oración y, más aún, ocasiones favorables para un encuentro personal con el Dios Vivo? ¿En qué la secularización o la religiosidad popular cuestionan nuestro Oficio Divino y su celebración?
- b) *Lectio* - ¿Cómo incluir y proteger en el horario de la comunidad los momentos dedicados a la *lectio divina*?
¿Cómo realizar la *lectio divina* para que sea, además de fuente de oración, un medio de formación permanente en la doctrina de la fe y en la formación de una conciencia crítica en vista de la realidad?
- c) Silencio - ¿Cómo suscitar en los monjes de hoy una actitud de silencio que no sea simple negación de la palabra, sino acogida humilde y generosa de la Palabra de Dios y de la palabra de los otros? ¿Cómo justificar el silencio monástico en un mundo del diálogo y de la comunicación?
- d) Clausura - ¿Cómo conservar y expresar el valor de la clausura monástica en vista de los medios de comunicación y de los contactos crecientes con el mundo exterior?
¿Cómo justificar la clausura monástica en un mundo que valoriza la comunión y condena la segregación?

II- “MILITAR BAJO EL VERDADERO REY, CRISTO SEÑOR” (Pról. 3)

El monje que verdaderamente busca a Dios, según la RB, realiza esta vocación, conforme a la misma regla, en el seguimiento de Cristo, esto es, imitando su ejemplo y sus palabras. El cristocentrismo de la RB es bastante evidente. Sucintamente puede ser expresado así: el benedictino, no prefiriendo nada al amor de Cristo, procura seguir a Cristo, con la gracia de Cristo. En la vivencia de este otro elemento esencial y central del cristianismo -Cristo y su Evangelio- querría destacar tres valores que me parecen bastante acentuados en la RB: la obediencia, la humildad y la vida evangélica.

a) “Imitando al Señor... obediente hasta la muerte” (7,34)

Desde el comienzo del Prólogo, san Benito, en un texto que le es propio, revela el lugar de la obediencia en su concepción monástica: invita al discípulo a volver por el trabajo de la obediencia a aquél del cual se apartara por la desidia de la desobediencia y a empuñar las gloriosas y poderosísimas armas de la obediencia para militar bajo el verdadero rey, Cristo Señor (Pról. 2-3). Difícilmente se podría afirmar mejor la importancia de la obediencia en la vida monástica y su motivación más profunda. Además de esta afirmación pragmática, san Benito dedica a la obediencia tres capítulos enteros: el capítulo 5, primero de los tres dedicados a las tres virtudes principales del monje, y los capítulos 68 y 71, propios de la RB, que tratan de la obediencia mutua entre los hermanos. Ella aparece también en el capítulo 7, del 2º al 4º grado de humildad. Pero las referencias de la RB a la obediencia desbordan de estos capítulos hacia toda la Regla. Esta identifica la obediencia con el camino estrecho que conduce a la vida (5,11), que lleva a Dios (71,2), porque la obediencia que se presta a los mayores a Dios se presta (5,15).

Por eso el monje, reconociendo el bien de la obediencia (71,1), desea renunciar a la propia voluntad para someterse al Abad (5,12) y hasta a los otros hermanos (71,1). El prometerá solemnemente la obediencia en el día de su profesión (58,17). Pero la obediencia será agradable a Dios si fuere sin demora y sin murmuración, con presteza y de buena voluntad, porque Dios ama a quien da con alegría (5,1. 4. 14. 16).

Además de afirmar la importancia de la obediencia y describir sus características, la RB revela su motivación más profunda: la obediencia “es peculiar de aquellos que ninguna cosa estiman tanto como a Cristo” (5,2). Ciertamente, es el amor de Cristo el que lleva al monje a renunciar voluntariamente a sí mismo para seguirlo más de cerca (4,10), imitando el ejemplo de Aquél que dice: “No vine a hacer mi voluntad sino la de Aquél que me envió” (5,14; 7,32) y que, según el Apóstol, se hizo obediente hasta la muerte” (7,34).

La obediencia, por lo tanto, como renuncia a sí mismo para hacer la voluntad del Padre, a imitación de Cristo en su misterio Pascual, es uno de los valores máximos de la vida monástica según la RB.

b) “Aquel que se humilla será ensalzado” (7,1)

La humildad es particularmente valorizada en la RB. El capítulo a ella dedicado es el mayor de toda la Regla y su posición, al final de la parte doctrinal, le da el aspecto de conclusión. Ciertamente, bajo la imagen de la escalera con sus gradas, se presenta como una síntesis de doctrina espiritual, o mejor, como el itinerario, gradual mas completo, de la vida monástica, desde el temor de Dios inicial hasta la caridad perfecta final, incluyendo en su trayecto las otras virtudes privilegiadas por la RB, la obediencia y el silencio.

Los diez indicios de la humildad, según Casiano (*Inst.* 4,39), no son solamente mejor sistematizados por la RB, y antes de ella, por la RM, sino que son también profundamente cristianizados. En efecto, a través de los textos bíblicos añadidos a los indicios de Casiano, ella los transforma, de simples

actitudes ascéticas, en invitaciones de Dios al monje, para seguir a Cristo en su humillación y exaltación. Su comienzo es revelador: “Todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado” (7,1). Estas palabras de Jesús, tres veces referidas en los Evangelios, en contextos diferentes (*Lc* 14,11; 18,14; *Mt* 23,12), son citadas desde el comienzo como principio que inspira y que justifica la doctrina de la humildad. Detrás de estas palabras, sin embargo, está el ejemplo vivo de Cristo que, por la encarnación, se humilló hasta la muerte de cruz y, por eso, fue exaltado por encima de todo nombre (*Flp* 2,8-10); que, explícitamente, se ofreció como modelo de humildad a los discípulos: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (*Mt* 11,29). Si la RB no copia el hermoso título que la RM, en otro contexto, da a Cristo “Señor de la humildad” (*Christo humilitatis Domino* - 13,72), ella lo corrige, al final del Cap. 7, transformando la práctica de la humildad “por amor del buen hábito” (RM 10,90) en “por amor de Cristo” (RB 7,69).

La ascensión de la humildad, según la RB, conduce a la caridad perfecta, que aparta del temor (7,67). Mas, para san Benito, la caridad no se opone totalmente al temor de Dios, primer grado de humildad, pues él escribirá a los monjes en su testamento espiritual “teman a Dios con amor” (72,9), como también explícitamente apelará a la caridad en el 4º grado “por amor de Dios” (7,34), en el 5º “por causa de tí” (7,38) y “por causa de aquél que nos amó” (7,39), así como en los capítulos sobre la obediencia en las cosas imposibles “por caridad... obedezca” (68,5) y en relación a los mayores “obedezcan con toda caridad” (71,4). En fin, la RM y la RB colocan al comienzo del catálogo de las buenas obras el doble mandamiento del amor de Dios y del prójimo, como dirigiendo todo el arte espiritual (RM 3,1-2; RB 4,1-2).

Por lo tanto, la humildad como vaciamiento de sí mismo, del juicio propio, de la voluntad propia y del amor propio, para elevarse progresivamente hasta Dios y a la perfección de su amor, es el valor monástico principal, la esencia misma de la vida monástica.

c) “Tomando por guía el Evangelio” (Pról. 21)

Por tres veces en el Prólogo, al cerrar el doble comentario de los salmos 33 y 14 y al cerrar el propio Prólogo, la RB habla del Evangelio como de un guía en los caminos de Dios (Pról. 21), como de una roca sobre la cual se edifica (Pról. 33) o como de una palabra de vida eterna (Pról. 50). Toda la RB es una concretización de esta fe en el Evangelio. Casi todo lo que es determinado en cada capítulo se fundamenta explícitamente en un texto bíblico o se inspira en él de una manera más o menos clara. El estudio comparativo con la RM es muy esclarecedor, pues la RB normalmente la resume. Así, por ejemplo, donde Benito escribe “En las mesas de los hermanos no debe faltar la lectura” (38,1), el Maestro había escrito “El alimento divino nunca debe faltar en la refección carnal, como lo enseña la Escritura: ‘No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios’, para que los hermanos se rehagan doblemente, comiendo con la boca y alimentándose por los oídos” (RM 24,5). Bossuet no estaba lejos de la verdad cuando llamó a la RB “compendio del cristianismo” y “resumen del Evangelio”.

Esta referencia continua de la doctrina y reglamentos monásticos al Evangelio, en la RB, no es algo meramente decorativo. Para Benito, toda la Escritura, Antiguo y Nuevo Testamento, es Palabra de Dios, unificada en Cristo, y Palabra Viva que nos es dirigida aquí y ahora. Prueban esta concepción expresiones como estas: “despiértanos la Escritura que dice” (Pról. 8), “La divina Escritura clama diciéndonos... dice la Escritura... aquella palabra del Señor que dice” (7,1. 21. 32) etc. acompañadas de citas de ambos testamentos. Y toda la vida monástica quiere ser una respuesta plena a la Palabra de Dios, una realización concreta del Evangelio. Por eso, la Regla, como el abad, “nada debe enseñar, establecer o mandar que se aparte de los preceptos del Señor” (2,4). Y el monje, al incorporarse definitivamente a la comunidad debe prometer la “*conversatio morum suorum*” (58,17), es decir, vivir la vida monástica como una concretización del Evangelio.

Por lo tanto, la RB, con su doctrina y reglamentos, proporciona al monje el valor de una vida eminentemente evangélica.

SITUACIÓN DE LA AMÉRICA LATINA E IDEAL CRISTIANO

La teología de la liberación surgió en la década del 60, llegó a la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, de Medellín, en 1968, y alcanzó a la Iglesia universal en el Sínodo de los Obispos, en 1974. Su origen remoto fue la toma de conciencia realizada por el hombre moderno del estado de subdesarrollo de los países latinoamericanos y del llamado Tercer Mundo, comparados con los países del hemisferio norte. Este subdesarrollo, considerado primero como un problema exclusivamente económico (teoría de las etapas) y, después, como un problema también político (teoría funcional), comenzó a ser interpretado finalmente como un subproducto histórico de la situación política y económica de América Latina y del mundo occidental, que mantiene unos países bajo la dependencia de los otros. La categoría de “dependencia” condujo lógicamente a la categoría de “liberación”. De origen sociológico, estas categorías fueron luego aplicadas a otros ramos de las ciencias, inclusive a la teología.

La teología de la liberación se preocupa con el estado de dependencia que oprime al hombre, impidiéndole ser libre y creativo. El proceso de liberación consiste en liberar al hombre de todo lo que lo oprime, para poder ejercer su creatividad en su autorealización y en la construcción de un mundo más humano. Cada hombre debe ser agente o sujeto, y no sólo objeto, de su propia historia y de la historia humana. Cristo es el libertador de la humanidad. El la libra del cautiverio del pecado y de todas sus consecuencias. Esta liberación es escatológica, mas se actualiza a través de las mediaciones históricas libremente asumidas por el hombre. Esto explica el énfasis dado a la libertad y a la creatividad del hombre y a su compromiso temporal e histórico.

Creo que estas rápidas alusiones a la teología de la liberación nos ayudan ya a situarnos en el contexto de la AL, donde debemos vivir y transmitir los valores de la RB. Algunas sugerencias para la reflexión en grupos:

a) Obediencia - ¿Cómo transmitir los valores de la obediencia monástica en un contexto que tanto enfatiza la libertad personal? ¿Cómo vivenciar la obediencia monástica en cuanto valor de autorrealización y de compromiso histórico?

b) Humildad - ¿Cómo transmitir el valor de la humildad en un contexto que tanto enfatiza la creatividad personal?

En un mundo tan justamente sensible al valor de la caridad, ¿Cómo vivenciar y transmitir la humildad como síntesis de la vida benedictina?

c) Vida evangélica - ¿Cuáles son los valores evangélicos más apreciados por el hombre latinoamericano y como son transmitidos en la RB? ¿La vida benedictina, doctrina e instituciones, vivida hoy en AL constituye un canal claro y eficaz de una vida evangélica?

III- “PRACTIQUEN LA CARIDAD FRATERNA CASTAMENTE” (72,8)

Entre los diversos géneros de monjes, san Benito opta por el de los cenobitas, es decir, de los monjes que llevan vida comunitaria en un monasterio, bajo una regla y un abad (1,1). La RB concibe el monasterio como una comunidad eclesial, aplicándole títulos que el Nuevo Testamento y la Tradición atribuyen a la Iglesia de Cristo: rebaño (2,6; 32; 27,9; 28,8; 63,2; 64,18), “corpus” (34,5; 61,6), “domus Dei” (31,19; 53,22; 64,5), “schola” (Pról. 45). Más especialmente, tiene en vista, como todos los legisladores de la vida cenobítica, la Iglesia primitiva de Jerusalén, donde todo era común a todos (33,6; 34,1; 55,20) y donde había un solo corazón y una sola alma (72). Conforme lo mostró muy bien D. Adalbert de Vogüé, san Benito en los textos que le son propios, diversamente de la RM, procura crear, al lado de los lazos verticales que unen a los monjes al abad, lazos horizontales que unen a los monjes entre sí, lazos estos que son expresiones de la caridad (*La communauté et l'abbé dans la Règle*

de Saint Benoît, Desclée de Brouwer, 1961, pp. 438-503). De esta concepción del monasterio como una comunidad eclesial, quiero subrayar dos valores especiales de la RB: la caridad fraterna de los monjes entre sí y la hospitalidad o caridad de los monjes para con los de fuera.

a) “Los demás sírvanse los unos a los otros con caridad” (35,6)

Si bien la RB, en su parte doctrinal (Pról. 7), donde mayor es la dependencia de la RM, no insiste en las relaciones fraternas de los monjes entre sí, lo hace de modo señalado en el cap. 63, sobre el orden de la comunidad, y en los capítulos finales (67-72), que no tienen paralelo en la RM. Así, después de establecer como norma del orden de la comunidad “el tiempo de su vida monástica, o según lo determine el mérito de su vida” (63,1), san Benito, en una preocupación que le es exclusiva, determina con la autoridad de la Regla el espíritu interior que debe animar aquel orden externo: “Veneren, pues, los jóvenes a sus ancianos y amen los ancianos a los jóvenes” (63,10). Estas mismas palabras ya habían sido añadidas por la RB (4,70-71) a los instrumentos del arte espiritual de la RM. En los capítulos finales (67-71), san Benito encara situaciones especiales entre los hermanos y procura resolverlas en la caridad. Es interesante que san Benito castigue con mayor rigor las faltas contra la caridad fraterna que la RM, lo que muestra que él atribuye un valor mayor a las relaciones fraternas. También el nombre más común con que se refiere a los monjes es el de “fratres”. Mas, sobre todo en el cap. 72, verdadero “testamento espiritual” de san Benito, el monasterio benedictino es presentado como una comunidad eclesial de amor: el amor de los hermanos entre sí (72,8), que sube hasta el abad (72,10) y que alcanza a Cristo (72,11) y al propio Dios (72,9).

Además de estas relaciones fraternas entre los hermanos, que caracterizan la RB en relación a la RM, san Benito acentúa la relación interpersonal entre el abad y sus monjes. Así, el abad no debe hacer acepción de personas, distinguiendo los monjes por su condición social, porque, siervo o libre, todos somos uno en Cristo (2,16-22); debe adaptarse a las personalidades diferentes de los monjes a fin de llevarlos al progreso espiritual y alegrarse con esto (2,23-33); ninguna solicitud debe ser superior al cuidado por el bien de las personas (2,33-36), antes de sus decisiones, el abad debe consultar a los hermanos, pidiéndoles consejo aun a los más jóvenes (3), en las correcciones, debe usar de todos los medios, con solicitud pastoral y medicinal, para salvar los hermanos que yerran (27); en sus órdenes a los hermanos, debe darles ocasión de exponer las razones de su imposibilidad (68), en fin, el abad debe procurar ser más amado que temido (64,15).

Por lo tanto, la caridad, lazo de unión de los hermanos entre sí y con su Abad, es uno de los grandes valores de la vida según la RB, que realiza así la síntesis entre la RM y las Reglas de Agustín y Basilio.

b) “Honrar a todos los hombres” (4,8)

Si el monasterio benedictino debe poseer en sus claustros todo lo que es necesario, pues no conviene a los monjes andar por fuera (66,6-7), no cerrará sin embargo, sus puertas a los que lo buscan: “A todos los huéspedes que llegan al monasterio recíbaseles como al mismo Cristo” (53,1), sobre todo a los hermanos en la fe, a los peregrinos y a los pobres, porque “en ellos se recibe a Cristo más particularmente” (53,2. 15). De esta acogida se encargarán, con toda la solicitud de la caridad y del temor de Dios, el portero (66,3-4), el superior (53,3. 10. 12), el hospedero (53,21) y dos cocineros que realicen bien su función (53,17).

Los monjes deben compartir con los huéspedes sus bienes: la oración y la paz (53,4), la palabra de Dios y la palabra del hermano (53,8), en fin, la mesa y el techo, con un tratamiento lleno de humanidad (53,9-10. 12-13. 22). Juntamente con esta acogida humana y cristiana de los huéspedes, san Benito procura conservar y proteger los valores de la soledad y del silencio de los monjes (53,23). Con todo, aun a aquellos que no se ocupan directamente de los huéspedes, él les da un instrumento de las buenas obras que les abre el corazón para todas las personas, instrumento que el osó modificar,

tanto en la RM como en el Evangelio: “Honrar a todos los hombres” y no sólo “Honrar padre y madre” (4,8).

Por lo tanto, además del valor de una vida comunitaria de intensa caridad, vivida por los monjes y el abad en el cenobio, la RB les presenta también el valor de la acogida humana y cristiana de todos los hombres, en el monasterio y en el corazón.

SITUACIÓN DE AMÉRICA LATINA Y COMUNIDAD ECLESIAL

No se puede hablar hoy de la Iglesia en la AL sin referirse a las comunidades eclesiales de base (CEB). Idea original de la pastoral latinoamericana, las CEBs surgieron en la década del 50 y se afirmaron en la década siguiente, existiendo actualmente en todos los países del continente, más entre la población pobre, en el campo o en la periferia de las grandes ciudades, menos frecuentemente en la clase media y casi inexistentes en las áreas ricas. Su origen fue la preocupación de evangelizar en un continente de bautizados sin contacto con la palabra de Dios y con los sacramentos, y sin contacto comunitario entre sí. Con esta preocupación evangelizadora y a partir de ella, se sintió la necesidad de mirar la realidad y de comprometerse con la tarea de liberación de los más pobres y de los que carecen de justicia.

Las conclusiones de Medellín intentaron definir la CEB, en la pluralidad de sus formas concretas, como “una célula inicial de estructuración eclesial y foco de evangelización y actualmente factor primordial de promoción humana y desenvolvimiento” (Doc. Pastoral de Conjunto, 10). Por lo tanto, la CEB, como célula inicial, debe presentar el máximo de vivencia y el mínimo de estructura, permitiendo la participación de cada uno, con su carisma personal, en la vida de la comunidad; como célula eclesial, debe distinguirse por su estima de la palabra de Dios y de los sacramentos, constituyendo verdadera comunidad de fe, de amor y de oración; como célula eclesial viva, debe preocuparse por la evangelización y el testimonio comunitario; en fin, como célula eclesial inserida en la realidad, debe actuar como fermento de liberación contra todo lo que oprime a los hombres.

En conclusión, las CEBSs no son un movimiento más o una asociación de Iglesia, sino simplemente una nueva expresión concreta de la Iglesia, sacramento visible de la presencia y de la acción de Cristo entre los hombres y al servicio de ellos.

En este contexto latinoamericano con sus CEBs, querría sugerir algunas reflexiones sobre la transmisión de los valores comunitarios de la RB:

a) Caridad fraterna - ¿En qué las CEBs cuestionan nuestras comunidades monásticas de AL?

¿Cómo hacer de nuestras comunidades monásticas expresiones vivas de la Iglesia de Cristo en la AL?

b) Hospitalidad - ¿Cómo transmitir hoy al hombre latinoamericano la humanidad de la acogida según la RB?

En un mundo dividido por ideologías, clases, raza, religión, etc., ¿cómo hacer del monasterio una casa de fraternidad universal?

IV- “SUSPIRAR CON TODO EL AFÁN ESPIRITUAL POR LA VIDA ETERNA” (4,46)

El último destino de todo hombre es Dios y la vida eterna. Mas, la RB, del prólogo al epílogo, presenta al monje como alguien que, con todo el deseo del corazón, se apresura por alcanzar aquella meta: “Si queremos llegar a la vida eterna... preciso es que corramos y practiquemos ahora lo que nos conviene para la eternidad” (Pról. 42-44). Toda la RB, espiritualidad y reglamentaciones, tienen por finalidad apresurar esta carrera: “Quienquiera, pues, que te apresuras por llegar a la patria celestial, practica con

la ayuda de Cristo esta mínima Regla de iniciación” (73,8). Por lo tanto, la vida monástica, según la RB, es una radicalización de la escatología.

Relacionados con la escatología, querría hablar sobre tres valores monásticos benedictinos: la pobreza, el trabajo y la alegría.

a) “Mas todo lo necesario deben esperarlo del padre del monasterio” (33,5)

La RB exige del monje, en el momento de la profesión, una voluntaria y radical renuncia a toda la propiedad, ya sea en el presente, ya sea en el futuro (58,24-28; 59,3-8). Por eso, el espíritu de propiedad en un monje debe ser considerado como un “pésimo vicio” y como tal, debe ser cortado de raíz, de modo que nadie posea cosa alguna como propia, ni ose dar o recibir, sea lo que fuere, sin orden del abad (32).

Esta radical desapropiación es simple consecuencia del abandono sin límites que el monje hace de sí mismo, de su cuerpo y de su voluntad, en las manos de Dios (58,24-25). Y, consiguientemente, es señal de su absoluta confianza en el Padre del cielo, del cual lo espera todo, por la mediación visible del padre del monasterio (33,5). El abad también, aun en el caso de penuria del monasterio, debe acordarse siempre de lo que está escrito “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura” (2,35).

Esta motivación ascética y escatológica de la pobreza monástica -liberación de sí mismo y confianza filial en la Providencia- no desvaloriza los bienes de este mundo, sino que tan solo los relativiza. En efecto, la RB exige también, y bajo castigo regular, que se traten con todo respeto las cosas, conservándolas limpias y en buen estado (32,1. 4-5; 35,7-8. 10), sin romperlas o perderlas (46,1-4). Además, la RB da a las criaturas materiales ya naturalmente buenas una dimensión superior: ve en ellas un instrumento de la bondad de Dios para con los hombres y de la glorificación de Dios realizada por los hombres. Así, después de ordenar que se “miren todos los objetos y bienes del monasterio como si fuesen vasos sagrados del altar” (31,10), manda que se vendan los productos del monasterio un poco más baratos “para que en todo sea Dios glorificado” (57,8-9). Y con esta última prescripción, la RB pide que también todo el monasterio se esfuerce por dar un testimonio colectivo de desapego o de pobreza voluntaria.

En síntesis, la RB al mismo tiempo que valoriza la pobreza voluntaria, personal y colectiva, reconoce el valor de los bienes de este mundo y los ve como instrumentos de bienes superiores.

b) “Pues entonces son verdaderos monjes cuando viven del trabajo de sus manos” (48,8)

El trabajo es uno de los elementos constitutivos del horario del día según la RB (48,1), ocupando cerca de siete horas por día (48,3. 6. 11. 14). Además de alejar el peligro de la ociosidad (48,1. 18. 23-24), el vivir del trabajo de las propias manos es un deber de los monjes, como lo enseñan “nuestros Padres y los Apóstoles” (48,8), a fin de no ser gravosos a nadie y hasta poder socorrer las necesidades de los pobres, de los peregrinos y de los huéspedes (31,9; 52,9. 15-16). La RB supone un trabajo serio y organizado, no sólo para proveer a las necesidades inmediatas de la comunidad (66,6), sino también para que se venda fuera su producto (57,4). Aun el trabajo pesado de la cosecha debe ser realizado por los monjes, si la necesidad del lugar o la pobreza del monasterio lo exige (48,7-8).

Aunque reconociendo al trabajo todo su valor, san Benito lo somete a otros valores superiores. El Abad debe preocuparse de que el trabajo respete las condiciones físicas de los monjes, no oprimiéndolos con su peso (35,3; 48,9. 24; 64,17-19). En el caso de que el trabajo se tome pesado a alguien, síanle dados auxiliares y un suplemento de comida y vino (31,17; 35,3. 12-13; 39,6-9; 40,3. 5). Mas, sobre todo el trabajo no puede perjudicar los bienes espirituales de los monjes. Así, en cuanto sea posible, ejerzan los diversos oficios dentro del monasterio, porque no conviene a los monjes andar

por fuera (66,6-7). Y el trabajo ejercido dentro del monasterio debe ser realizado con humildad y en la obediencia (57,1). Si alguien llega a sufrir daño en su alma, enorgulleciéndose del trabajo que hace, sea apartado de su arte, aun con perjuicio material, hasta que se humille (57,2-3). Igualmente aquellos que deben vender los productos del monasterio prevénganse de la avaricia, para que no vayan a experimentar en el alma algún perjuicio (57,4-6), ni escandalicen a los seculares, antes bien, los edifiquen (57,7-9).

Por lo tanto, para la RB el trabajo monástico presenta una triple motivación: ascética -huir de la ociosidad; utilitaria -conseguir la propia subsistencia y de la comunidad; y social -socorrer a los necesitados. Este trabajo, sin embargo, debe ser adaptado a las condiciones físicas de los monjes y nunca perjudicar su bien espiritual.

c) “Con gozo del Espíritu Santo” (49,6)

Un tema que aparece varias veces en la RB y que falta totalmente en la RM es el de la tristeza que debe ser desterrada del monasterio. Por tres veces en el capítulo sobre el mayordomo, san Benito le pide que no entristezca a los hermanos, aun cuando pidan algo sin razón (31,6-7), y, al final, escribe una frase que tiene el sabor de un principio general: “que nadie se contriste en la casa de Dios” (31,19). Por eso, debe evitarse que, por cualquier motivo, alguien sea absorbido por la tristeza en el monasterio, ya por motivos de castigo (27,3), ya por el peso del trabajo (35,3; 48,7), ya por las exigencias excesivas del hermano (36,4). Mas también el propio monje debe luchar para que la tristeza no se instale en su corazón, no dando así ocasión al demonio (34,3; 54,4).

Si san Benito ahuyenta la tristeza del monasterio es porque desea que reine la alegría, aquella alegría que es una participación en la alegría pascual de Cristo, comunicada al corazón del monje por el Espíritu Santo (49,6) y renovada en cada Pascua (49,7). Así, “seguros en la esperanza”, los monjes pueden vivir siempre alegres, hasta en las situaciones duras y adversas del 4º grado de humildad (7,39), ciertos de agradecer a Dios, que “ama al que da con alegría” (5,16).

Por lo tanto la RB quiere suscitar en el corazón del monje la alegría, fruto del Espíritu Santo y efecto de la esperanza segura en las promesas divinas, a través de todas las situaciones de esta vida. Y esta alegría debe reinar en toda la Casa de Dios, desterrando de ella la tristeza.

SITUACIÓN DE AMÉRICA LATINA Y ESCATOLOGÍA

Ocurre con frecuencia que el hombre contemporáneo está volcado hacia el futuro, vive en función de un mañana lleno de posibilidades y de expectativas, acentuadas por los progresos de la ciencia y de la técnica ya conquistados. De esta confianza en el futuro nace un compromiso con la construcción de una sociedad más justa, donde los hombres podrán vivir más libres y felices. Construcción que es realizada por el propio hombre y no recibida pasivamente por él.

Ciertamente esta descripción no es válida para toda AL, que todavía presenta muchos sectores fijados en el pasado. Con todo, si esta proyección para el futuro no es todavía una realidad conquistada en la AL, es una línea de fuerza, y una línea de fuerza que crece cada vez más. Y como la construcción de esta nueva sociedad parece difícil debido a la situación de dependencia y de explotación en que se encuentra gran parte de la población latinoamericana, muchos apelan a la revolución y a la violencia. Todo esto crea una realidad compleja que cuestiona la fe, sobretudo la escatología. Esta ya no es concebida como algo que se sitúa totalmente fuera de la historia, sino como algo que se anuncia y se realiza parcialmente en la historia y como una tarea o misión confiada al hombre.

En este contexto de ideas y de vivencias, querría sugerir las siguientes preguntas:

a) Pobreza - ¿En qué la pobreza de la mayoría de los pueblos latinoamericanos cuestiona la pobreza, personal y colectiva, vivida en nuestras comunidades benedictinas?

¿cómo expresar el valor de la pobreza monástica en un mundo que aspira a la participación cada vez mayor en los bienes de este mundo?

b) Trabajo - ¿En qué el compromiso liberador de algunos hermanos en la AL cuestiona el trabajo y las actividades de nuestros monasterios? ¿cómo expresar el valor del trabajo monástico sin desvalorizar ni estimar demasiado las actividades temporales para la construcción de una sociedad más justa?

c) Alegría - ¿En qué la confianza en el futuro, que el hombre de hoy posee, cuestiona nuestra vivencia de esperanza cristiana? ¿cómo expresar la alegría cristiana en un mundo marcado por la miseria y por la violencia?

He ahí algunas consideraciones sobre los valores de la RB y sobre la situación de la AL que les quería y podía presentar. Su objetivo es solo el de encaminar una reflexión y un cambio de ideas sobre estas dos preguntas principales: ¿Contiene la RB valores capaces de colaborar en la transformación cristiana de un continente que ya tomó conciencia de su subdesarrollo y que ya inició su proceso de liberación? ¿A través de qué canales la vida benedictina podrá transmitir estos valores a los hombres de AL?

BIBLIOGRAFÍA

VOGÜÉ, A., *La Communauté et l'abbé dans la Règle de Saint Benoît*, Desclée de Brouwer, 1961.

Idem, *La Règle de Saint Benoît*, t. I, II, III, IV, V, VI, VII, Ed. du Cerf, Paris (*Sources chrétiennes*), 1972-1977.

Idem, *La Règle du Maître*, t. I, II, III, Ed. du Cerf, Paris, 1964-1965.

Idem, Diversos artículos citados en la bibliografía de los volúmenes de la RB.

CELAM, *A Igreja na atual transformação da AL à luz do Concílio*, (Conclusões de Medellín) 6a. ed. Vozes, 1977.

GUTIÉRREZ, G., *Teologia da Libertação*, Vozes, 1975.

BOFF, L., *Teologia do Cativo e da Libertação: Política ou Profetismo?* Ed. Loyola, São Paulo, 1977.

ROLIM, F. C., *Religiosidade Popular*, Apêndice à Teologia para o Cristão de Hoje, t. 1, Ed. Loyola, São Paulo, 1975.

PIN, E., *Elementos para una sociología de catolicismo latino-americano*, Ed. Vozes, 1, 1966.

CONCILIUM, N° 104/1975/4. Comunidades de Base, sobretudo o art. de Pe. José Marins, *Comunidades Eclesiásticas de Base na América Latina*.

Estudos de CNBB, *Comunidades: Igreja na Base*, Ed. Paulinas, S. Paulo, 1974.

CLAR, *Información teológica y Pastoral sobre América Latina*, obra dirigida por Segundo Galilea, Bogotá, 1974.

Mosteiro de S. Bento. Rio de Janeiro - Brasil